

Número suelto € 1,50. Número atrasado € 3,00

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalent

Año LIII, número 6 (2.703)

Ciudad del Vaticano

5 de febrero de 2021

Vivir juntos
fraternalmente
y en paz



Anunciada en el Ángelus del 31 de enero, será celebrada cada cuarto domingo de julio

El Papa instituye la Jornada mundial de los abuelos y de los ancianos

«He decidido instituir la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Ancianos, que se celebrará en toda la Iglesia cada año el cuarto domingo de julio, cerca de la fiesta de san Joaquín y santa Ana, los “abuelos” de Jesús». Lo anunció por sorpresa el Papa al finalizar el Ángelus del 31 de enero. Antes de guiar la oración mariana en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano —todavía sin presencia de fieles a causa del Covid-19— el Pontífice había comentado el Evangelio del cuarto domingo del tiempo ordinario (Marcos 1, 21-28).

de ese hombre y lo expulsa (vv. 23-26). Aquí vemos los dos elementos característicos de la acción de Jesús: la predicación y la obra taumaturgica de curación: predica y cura. Ambos aspectos se destacan en el pasaje del evangelista Marcos, pero el que más sobresale es el de la predicación; el exorcismo se presenta para confirmar su “autoridad” singular y su enseñanza. Jesús predica con autoridad propia, como alguien que tiene una doctrina que procede



como objetivo vencer el mal presente en el hombre y en el mundo. Su palabra apunta directamente contra el reino de Satanás, lo pone en crisis y lo hace retroceder, obligándolo a dejar el mundo. El poseído —ese hombre poseído, obseso—, tras la orden del Señor, es liberado y transformado en una nueva persona. Además, la predicación de Jesús pertenece a una lógica opuesta a la del mundo y del maligno: sus palabras se revelan como la alteración de un orden equivocado de las cosas. El diablo presente en el poseído, de hecho, grita cuando Jesús se acerca: «¿Qué quieres tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a arruinarlos?» (v. 24). Estas expresiones indican la total diferencia entre Jesús y Satanás: están en planos completamente diferentes; no hay nada en común entre ellos; son opuestos entre sí. Jesús, que tiene autoridad, que atrae a las personas con su autoridad, y también el profeta que libera, el profeta prometido que es el Hijo de Dios que sana. ¿Escuchamos

las palabras autorizadas de Jesús? Siempre, no os olvidéis de llevar en el bolsillo o el bolso un pequeño Evangelio, para leerlo durante el día, para escuchar la palabra autorizada de Jesús. Y ade-

Nos recuerdan que la vejez es un regalo y que los abuelos son el eslabón entre las generaciones, para transmitir a los jóvenes experiencias de vida y de fe. A menudo se olvida a los abuelos

más, todos tenemos problemas, todos tenemos pecados, todos tenemos enfermedades espirituales. Pidamos a Jesús: “Jesús, tú eres el profeta, el Hijo de Dios, el que fue prometido para sanarnos. ¡Sáname!”. Pedir a Jesús la curación de nuestros pecados, de nuestros males. La Virgen María guardó siempre en su corazón las palabras y los gestos de Jesús, y lo siguió con total disponibilidad y fidelidad. Que Ella nos ayude también a nosotros a escucharlo y seguirlo, para experimentar en nuestra vida los signos de su salvación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El pasaje evangélico de hoy (cf. Mc 1, 21-28) relata un día típico del ministerio de Jesús, se trata concretamente de un sábado, día dedicado al descanso y la oración, la gente iba a la sinagoga. En la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús lee y comenta las Escrituras. Su manera de hablar atrae a los presentes, que quedan asombrados porque demuestra una autoridad diferente a la de los escribas (v. 22). Además, Jesús se revela poderoso también en las obras. Así es, cuando un hombre en la sinagoga se vuelve contra él, llamándole el Santo de Dios, Jesús reconoce el espíritu maligno, le ordena que salga

Jesús predica con autoridad propia, como alguien que tiene una doctrina que procede de sí mismo, y no como los escribas que repetían tradiciones anteriores y leyes recibidas

sí mismo, y no como los escribas que repetían tradiciones anteriores y leyes recibidas. Repetían palabras, palabras, palabras, solo palabras —como cantaba la gran Mina—. Eran así: solo palabras. En Jesús, en cambio, la palabra tiene autoridad, Jesús tiene autoridad. Y esto toca el corazón. La enseñanza de Jesús tiene la misma autoridad de Dios que habla; de hecho, con una sola orden libera fá-

cilmente al poseído del maligno y lo cura. ¿Por qué? Porque su palabra obra lo que dice. Porque es el profeta definitivo. Pero, ¿por qué digo esto, qué es el profeta definitivo? Recordemos la promesa de Moisés. Dice Moisés: “Después de mí, más adelante, vendrá un profeta como yo —¡como yo!— que os enseñará” (cf. Dt 18,15). Moisés

anuncia a Jesús como el profeta definitivo. Por eso [Jesús] no habla con autoridad humana, sino con autoridad divina, porque tiene el poder de ser el profeta definitivo, es decir, el Hijo de Dios que nos salva, nos sana a todos. El segundo aspecto, el de las curaciones, muestra que la predicación de Cristo tiene

tas expresiones indican la total diferencia entre Jesús y Satanás: están en planos completamente diferentes; no hay nada en común entre ellos; son opuestos entre sí. Jesús, que tiene autoridad, que atrae a las personas con su autoridad, y también el profeta que libera, el profeta prometido que es el Hijo de Dios que sana. ¿Escuchamos

Los chicos de la Acción católica presentan al Pontífice sus esperanzas

Cuando la paz de hace noticia

Al finalizar el Ángelus el Papa habló de la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, que se celebra el 2 de febrero, anunciando la Jornada de los abuelos y de los ancianos; además recordó la Jornada de los enfermos de lepra; finalmente saludó a los niños de la Acr romana —representados por un pequeño grupo que participó en la oración en la Biblioteca— escuchando el mensaje anual de la Caravana de la paz que dos de ellos leyeron.

Queridos hermanos y hermanas:

Pasado mañana, 2 de febrero, celebraremos la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, cuando Simeón y Ana, ambos ancianos, iluminados por el Espíritu Santo, reconocieron a Jesús como el Mesías. El Espíritu Santo suscita aún hoy en los ancianos pensamientos y palabras de sabiduría: su voz es preciosa porque canta las alabanzas de Dios y guarda las raíces de los pueblos. Nos recuerdan que la vejez es un

regalo y que los abuelos son el eslabón entre las generaciones, para transmitir a los jóvenes experiencias de vida y de fe. A menudo se olvida a los abuelos y nosotros olvidamos esta riqueza de preservar las raíces y transmitir. Por eso he decidido instituir la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Ancianos, que se celebrará en toda la Iglesia cada año el cuarto domingo de julio, cerca de la fiesta de san Joaquín y santa Ana, los “abuelos” de Jesús. Es importante que los abuelos se encuentren con sus nietos y que los nietos se encuentren con sus abuelos, porque —como dice el profeta Joel— los abuelos soñarán frente a sus nietos, tendrán ilusiones [grandes deseos], y los jóvenes, tomando fuerzas de sus abuelos, irán adelante, profetizarán. Y precisamente el 2 de febrero es la fiesta del encuentro de abuelos con nietos. Se celebra hoy el Día Mundial de la Lepra, iniciado ha-

ce más de sesenta años por Raoul Follereau y llevado adelante especialmente por las asociaciones inspiradas en su labor humanitaria. Expreso mi cercanía a quienes padecen esta enfermedad, y animo a los misioneros, agentes sanitarios y voluntarios comprometidos en su servicio.

La pandemia ha confirmado lo necesario que es proteger el derecho a la salud de las personas más vulnerables: espero que los líderes de las naciones unan esfuerzos para curar a quienes padecen la enfermedad de Hansen y por su inclusión social.

Y saludo con cariño a los chicos y chicas de la Acción Católica de esta Diócesis de Roma —algunos de ellos están aquí—, reunidos de forma segura en las parroquias o conectados online, con motivo de la Caravana de la Paz. A pesar de la emergencia sanitaria, este año también, con la ayuda de padres



y educadores y sacerdotes asistentes, han organizado esta maravillosa iniciativa. Siguen adelante con las iniciativas, ¡bien, muy bien! ¡Adelante, coraje! Sois estupendos, gracias. Y ahora escuchemos juntos el mensaje que algunos de ellos, aquí al

lado, nos leerán en nombre de todos. [Lectura del mensaje] Normalmente, estos chicos traían globos para lanzarlos desde la ventana, pero hoy estamos encerrados aquí, no se puede hacer. ¡Pero el próximo año seguro que lo ha-

réis! Dirijo un cordial saludo a todos los que estáis conectados a través de los medios de comunicación. Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El Papa Francisco y el Gran Imán de Al-Azhar en la celebración de la primera Jornada internacional de la Fraternidad humana

La fraternidad es la nueva frontera de la humanidad

«Hoy la fraternidad es la nueva frontera de la humanidad». En las palabras del Papa está todo el sentido de la primera Jornada internacional de la Fraternidad humana, que se celebró el 4 de febrero de manera virtual por iniciativa del Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso, del Alto comisionado para la Fraternidad humana y del jeque emiratí Mohammed bin Zayed, a dos años exactos de aquel 4 de febrero de 2019 en el que Francisco firmó en Abu Dabi con el Gran Imán de Al-Azhar, el ya histórico Documento sobre la Fraternidad humana por la Paz mundial y la Convivencia común. Divididos por una pantalla, pero unidos por el anhelo común de esperanza por un mundo en el que la religión no sea motivo de odio o de violencia, el mismo obispo de Roma y el líder de la institución académica sunní del Cairo se encontraron con otros protagonistas de este esfuerzo de construcción de la paz, como el secretario general de la ONU Guterres, galardonado con el Premio Zayed por la Fraternidad humana 2021 junto a Latifa Ibn Ziaten, la madre franco-marroquí que perdió a su hijo en un ataque terrorista y ahora lucha contra el radicalismo. Porque, ha advertido el Papa, «o somos hermanos, o nos destruimos mutuamente». Publicamos, a continuación, la transcripción del mensaje de vídeo enviado por el Pontífice para la ocasión.

Hermanas y hermanos, esa es la palabra:

Hermanas y hermanos. Afirmar la fraternidad, de modo especial a usted, mi hermano, mi amigo, mi compañero de desafíos y de riesgos en la lucha por la fraternidad, el Gran Imán Ahmed el Tayeb, a quien le agradezco la compañía en el camino por la reflexión y la redacción de este documento que fue presentado hace dos años.

Su testimonio me ayudó mucho porque fue un testimonio valiente. Yo sé que no era una tarea fácil. Pero con usted pudimos hacerla juntos, y ayudarnos mutuamente. Lo más lindo de todo es que ese primer deseo de fraternidad se fue consolidando en verdadera fraternidad. Gracias hermano, gracias.

También quiero agradecer a su Alteza Sheikh Mohammed bin Zayed

por todos los esfuerzos que ha puesto para lograr seguir adelante en este camino. Creyó en el proyecto. Creyó. Y también creo que es justo agradecer, y me permita usted, señor Juez, la palabra: «l'enfant terrible» de todo este proyecto, el juez Abdel Salam, amigo, trabajador, lleno de ideas, que nos ayudó a seguir adelante. Gracias a todos por apostar por la fraternidad, porque hoy la fraternidad es la nueva frontera de la humanidad. O somos hermanos, o nos destruimos mutuamente.

Hoy no hay tiempo para la indiferencia. No nos podemos lavar las manos. Con la distancia, con la prescindencia, con el menosprecio. O somos hermanos —permítame—, o se viene todo abajo. Es la frontera. La frontera so-

bre la cual tenemos que construir; es el desafío de nuestro siglo, es el desafío de nuestros tiempos.

Fraternidad quiere decir mano tendida, fraternidad quiere decir respeto. Fraternidad quiere decir escuchar con el corazón abierto. Fraternidad quiere decir firmeza en las propias convicciones. Porque no hay verdadera fraternidad si se negocian las propias convicciones.

Somos hermanos, nacidos de un mismo Padre. Con culturas, tradiciones diferentes, pero todos hermanos. Y respetando nuestras culturas y tradiciones diferentes, nuestras ciudadanías diferentes, hay que construir esta fraternidad. No negociándola.

Es el momento de la escucha. Es el momento de la aceptación sincera. Es el momento de la certeza que un mundo



sin hermanos es un mundo de enemigos. Quiero subrayar esto. No podemos decir: o hermanos o no hermanos. Digámoslo bien: o hermanos, o enemigos. Porque la prescindencia es una forma muy sutil de la enemistad.

No sólo hace falta una guerra para hacer enemigos. Basta con prescindir. Basta con esa técnica —se ha transformado en técnica— esa actitud de mirar para otra parte, prescindiendo del otro, como si no existiera.

Querido hermano Gran Imán: gracias por su ayuda, gracias por su testimonio, gracias por este camino que hemos hecho juntos.

Quiero felicitar por este galardón al Secretario General de las Naciones Unidas y agradecerle todos los esfuerzos que hace por la paz. Una paz que sólo se va a lograr

con un corazón fraterno.

Querida hermana, tus últimas palabras no son dichas de oídas o convencionalmente, «somos todos hermanos». Son el convencimiento. Y un convencimiento plasmado en el dolor, en tus llagas. Vos jugaste tu vida por la sonrisa, jugaste tu vida por el no sentimiento y a través del dolor de perder un hijo —solamente una madre sabe lo que es perder un hijo— a través de ese dolor tú te animas a decir «somos todos hermanos» y a sembrar palabras de amor. Gracias por tu testimonio. Y gracias por ser madre de tu hijo, de tantos chicos y chicas; por ser madre hoy de esta humanidad que te está escuchando y que aprende de vos: o el camino de la fraternidad, o hermanos, o perdemos todo. Gracias, gracias.

La grandeza de lo pequeño en casa de María, Marta y Lázaro

MARCELO FIGUEROA

Ver lo universal sin perder de vista lo familiar. Compadecerse por lo mundial sin dejar de lado la misericordia de lo cercano. Equilibrar la tensión entre la fraternidad como prójimo y la familia como próxima. Transitar estos tiempos de pandemia de la mano de un Cristo encarnado como símbolo de humanidad plena, comprendiendo su kairós de amor infinito a la debilidad individual. Tener la capacidad de analizar la historia actual a la luz de los sucesos dramáticos vividos, sin perder la grandeza de detenernos en lo pequeño como un instante infinito. Una gota de eternidad en un espacio pequeño y cercano en medio de un mar azotado por una marea inesperada y planetaria.

El pasado 26 de enero, en la memoria litúrgica de los Santos Obispos Timoteo y Tito, el Cardenal Robert Sarah y el Arzobispo Arthur Roche, respectivamente Prefecto y Secretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, firmaron un Decreto de variación en el Calendario General Romano referente a la celebración del 29 de julio, que a partir de este año se llamará de los Santos Marta, María y Lázaro. Se recuerda que «en la casa de Betania, el Señor Jesús experimentó el espíritu familiar y la amistad de Marta, María y Lázaro, y por eso el Evangelio de Juan afirma que los amaba». Y se añade: «Marta le ofreció generosamente hospitalidad, María escuchó atentamente sus palabras y Lázaro salió rápidamente del sepulcro por mandato de Aquél que ha humillado a la muerte». «El Sumo Pontífice Francisco, acogiendo la propuesta de este Dicasterio, ha dispuesto que el 29 de julio se inscriba en el Calendario Romano General la memoria de los santos Marta, María y Lázaro».

En esa historia evangélica juanina se percibe como en pocas, la tensión de opuestos en los tiempos previos al camino de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. El Señor estaba enderezando su rostro para dirigirse hacia Betania, sabedor que se exponía a la aceleración del proceso final ya or-

questado por el Sanedrín, el cual solo buscaba la oportunidad de su materialización. De alguna manera, algunos de los discípulos percibieron esa tensión peligrosa cuando le reclamaron «Señor, hace muy poco los judíos intentaron apedarte, ¿y todavía quieres volver allá?» (Jn 11,8). Está clara en la respuesta encriptada de Jesús que su visión de los tiempos y los sucesos no coincidía con los de ellos.

«¿Acaso el día no tiene doce horas. El que anda de día no tropieza, porque tiene la luz de este mundo. Pero el que anda de noche sí tropieza, porque no tiene la luz. Dicho esto, añadió: Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy despertarlo» (Jn 11,9-11). Del mismo modo se desprende que para Jesús era necesario el viaje pedagógico que produciría la resurrección de su amigo Lázaro para testimonio de su poder sobre la muerte y sus tiempos, pero también para acelerar de una manera definitiva su final - «desde aquel día (el Sanedrín) convinieron en quitarle la vida» (Jn 11,53). Su victoria sobre la tensión entre la vida, la muerte y sus tiempos cronológicos e infinitos era la pulsión superadora de esa tensión de opuestos. «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera» (Jn 11,25)

En su reciente mensaje para la Jornada de la Vida Consagrada, el papa Francisco expresó que «Me gusta recordar a Romano Guardini, que decía: la paciencia es una forma en que Dios responde a nuestra debilidad, para darnos tiempo a cambiar». Jesús

desea en este viaje inesperado, peligroso y aparentemente extemporáneo e innecesario, dar también una lección de paciencia para la debilidad de los discípulos para quienes esa tensión les resultaba insoportable. La misma impaciencia que tuvieron al principio Marta y luego María al recibir a Jesús luego de la muerte de su amigo «...si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto» (Jn 11,



Cristo en casa de Marta y María, Tintoretto, 1580

21b; 33b). Jesús también deseaba pasar tiempo de sanación, cercanía y cotidianidad con esa familia tan querida. La casa de María, Marta y Lázaro en Betania, era para el Señor un lugar acogedor, con aromas de aldea y con sabores de amistad pueblerina. Jesús se lanzaría a un universo infinito previo paso por la majestuosa Jerusalén, pero ni aún en esas circunstancias, se privó del tiempo necesario para acercarse a amadas periferias aldeanas de su ser personal.

Si siguiendo la obra y pensamiento de Guardini, en el «Der Gegensatz» se desarrolla el sentido profundo de la importancia de la tensión de los contrastes. Contrastes que lejos de ser un problema, representan una salida superadora a todo enduerecimiento de una visión binaria y hegemónica de la realidad teológica, social y antropológica. Porque esa visión estática y unipolar paraliza, obnubila el pensamiento y no deja lugar a la acción renovadora de Dios. Guardini sostenía que «no podemos admitir que se consolide una sociedad dual». Podríamos muy bien decir en este mismo sentido que también se aplica el lema en el Hyperion de Hölderlin: «No tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño».

Es necesario mirar la pandemia mundial con una mirada universal. La desigualdad en el acceso a los servicios sanitarios para los países y continentes pobres y ahora, la escandalosa asimetría en la disponibilidad de las vacunas de acuerdo a la capacidad económica de cada estado. Pero también es necesario «tensar el arco» de los opuestos para remitirnos a lo pequeño que por serlo, por representar lo tangible, lo cotidiano y lo familiar, reviste un carácter de encarnadura de la situación que está en el lumen del ser cristiano. Por ello, concentrarse en lo que pasa en mi aldea, familia, comunidad es una mirada imprescindible que al igual que algunos discípulos, muchos no comprenderán. Necesitamos la paciencia de mirar lo cotidiano, cercano y familiar para tener la paciencia que nos puede hacer cambiar nuestro ser débil en conversión espiritual a Jesús, Señor de los tiempos y la historia. Desde luego que no debemos olvidar que en sintonía con nuestra catolicidad espiritual, nuestro límite es toda la humanidad y la justicia integral a la luz de la hermenéutica del reino de Dios y su justicia. Pero también es importante en estos tiempos recobrar la grandeza de lo pequeños, como Jesús que en su camino a la salvación universal, no dejó de lado la cercanía a una familia querida, pequeña y cercana de María, Marta y Lázaro.

Mensaje para la próxima Jornada mundial de las misiones

Mensajeros de compasión y de esperanza

Hacer de la distancia social un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción

Delante de la tentación, en este tiempo de pandemia de Covid-19, de enmascarar y justificar la indiferencia en nombre del distanciamiento social, urge «la misión de la compasión» para «hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción». Lo desea el Papa Francisco en el mensaje para la próxima Jornada mundial de las misiones que se celebrará en el penúltimo domingo de octubre. En el documento —con fecha del 6 de enero y publicado el viernes 29— el Pontífice pide «salir a las periferias del mundo» para «convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión».

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20)

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS:

Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que hemos visto y oído. La relación de Jesús con sus discípulos, su humanidad que se nos revela en el misterio de la encarnación, en su Evangelio y en su Pascua nos hacen ver hasta qué punto Dios ama nuestra humanidad y hace suyos nuestros gozos y sufrimientos, nuestros deseos y nuestras angustias (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Todo en Cristo nos recuerda que el mundo en el que vivimos y su necesidad de redención no le es ajena y nos convoca también a sentirnos parte activa de esta misión: «Salgan al cruce de los caminos e inviten a todos los que encuentren» (Mt 22,9). Nadie es ajeno, nadie puede sentirse extraño o lejano a este

amor de compasión.

La experiencia de los apóstoles

La historia de la evangelización comienza con una búsqueda apasionada del Señor que llama y quiere entablar con cada persona, allí donde se encuentra, un diálogo de amistad (cf. Jn 15,12-17). Los apóstoles son los primeros en dar cuenta de eso, hasta recuerdan el día y la hora en que fueron encontrados: «Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39). La amistad con el Señor, verlo curar a los enfermos, comer con los pecadores, alimentar a los hambrientos, acercarse a los excluidos, tocar a los impuros, identificarse con los necesitados, invitar a las bienaventuranzas, enseñar de una manera nueva y llena de autoridad, deja una huella imborrable, capaz de suscitar el asombro, y una alegría expansiva y gratuita que no se puede contener. Como decía el profeta Jeremías, esta experiencia es el fuego ardiente de su presencia activa en nuestro corazón que

ranzador: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1,41). Con Jesús hemos visto, oído y palpado que las cosas pueden ser diferentes. Él inauguró, ya para hoy, los tiempos por venir recordándonos una característica esencial de nuestro ser humanos, tantas veces olvidada: «Hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 68). Tiempos nuevos que suscitan una fe capaz de impulsar iniciativas y forjar comunidades a partir de hombres y mujeres que aprenden a hacerse cargo de la fragilidad propia y la de los demás, promoviendo la fraternidad y la amistad social (cf. *ibid.*, 67). La comunidad eclesial muestra su belleza cada vez que recuerda con gratitud que el Señor nos amó primero (cf. 1 Jn 4,19). Esa «predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro —por su propia naturaleza— no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. [...] Sólo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de

nales Pontificias, 21 mayo 2020). Sin embargo, los tiempos no eran fáciles; los primeros cristianos comenzaron su vida de fe en un ambiente hostil y complicado. Historias de postergaciones y encierros se cruzaban con resistencias internas y externas que parecían contradecir y hasta negar lo que habían visto y oído; pero eso, lejos de ser una dificultad u obstáculo que los llevara a replegarse o ensimismarse, los impulsó a transformar todos los inconvenientes, contradicciones y dificultades en una oportunidad para la misión. Los límites e impedimentos se volvieron también un lugar privilegiado para ungir todo y a todos con el Espíritu del Señor. Nada ni nadie podía quedar ajeno a ese anuncio liberador. Tenemos el testimonio vivo de todo esto en los Hechos de los Apóstoles, libro de cabecera de los discípulos misioneros. Es el libro que recoge cómo el perfume del Evangelio fue calando a su paso y suscitando la alegría que sólo el Espíritu nos puede regalar. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña a vivir las pruebas abrazándonos a Cristo, para madurar la «convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos» y la certeza de que «quien se ofrece y entrega a Dios por amor seguramente será fecundo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 279). Así también nosotros: tampoco es fácil el momento actual de nuestra historia. La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frá-

giles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad. Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas. Pero nosotros «no nos anunciamos

Todo en Cristo nos recuerda que el mundo en el que vivimos y su necesidad de redención no le es ajena y nos convoca también a sentirnos parte activa de esta misión: «Salgan al cruce de los caminos e inviten a todos los que encuentren»

nos impulsa a la misión, aunque a veces comporte sacrificios e incomprendiones (cf. 20,7-9). El amor siempre está en movimiento y nos pone en movimiento para compartir el anuncio más hermoso y espe-

sí. Tampoco el fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en «estado de misión» es un efecto del agradecimiento» (*Mensaje a las Obras Misio-*





a nosotros mismos, sino a Jesús como Cristo y Señor, pues no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús» (2 Co 4,5). Por eso sentimos resonar en nuestras comunidades y hogares la Palabra de vida que se hace eco en nues-

tutti, 36). Es su Palabra la que cotidianamente nos redime y nos salva de las excusas que llevan a encerrarnos en el más vil de los escepticismos: “todo da igual, nada va a cambiar”. Y frente a la pregunta: “¿para qué me voy a privar

tros hoy podemos palpar la carne sufriente y gloriosa de Cristo en la historia de cada día y animarnos a compartir con todos un destino de esperanza, esa nota indiscutible que nace de sabernos acompañados por el Señor. Los cristianos no podemos reservar al Señor para nosotros mismos: la misión evangelizadora de la Iglesia expresa su implicación total y pública en la transformación del mundo y en la custodia de la creación.

Una invitación a cada uno de nosotros

El lema de la Jornada Mundial de las Misiones de este año, «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Esta misión es y ha sido siempre la identidad de la Iglesia: «Ella existe para evangelizar» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). Nuestra vida de fe se debilita, pierde profecía y capacidad de asombro y gratitud en el aislamiento personal o encerrándose en pequeños grupos; por su propia dinámica exige una creciente apertura capaz de llegar y abrazar a todos. Los primeros cristianos, lejos de ser seducidos para recluirse en una élite, fueron atraídos por el Señor y por la vida nueva que ofrecía para ir entre las gentes y testimoniar lo que habían visto y oído: el Reino de Dios está cerca. Lo hicieron con la generosidad, la gratitud y la nobleza propias de aquellos que siembran sabiendo que otros comerán el fruto de su entrega y sacrificio. Por eso me gusta pensar que «aun los más débiles, limitados y heridos pueden ser misioneros a su manera, porque siempre hay que permitir que el bien se comunique, aunque

conviva con muchas fragilidades» (Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 239). En la Jornada Mundial de las Misiones, que se celebra cada año el penúltimo domingo de octubre, recordamos agradecidamente a todas esas personas que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio. Recordamos especialmente a quienes fueron capaces de ponerse en camino, dejar su tierra y sus hogares para que el Evangelio pueda alcanzar sin demoras y sin miedos esos rincones de pueblos y ciudades donde tantas vidas se encuentran sedientas de bendición. Contemplar su testimonio misione-

Él nos hace a todos, aunque no de la misma manera. Recordemos que hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Siempre, pero especialmente en estos tiempos de pandemia es importante ampliar la capacidad cotidiana de ensanchar nuestros círculos, de llegar a aquellos que espontáneamente no los sentiríamos parte de “mi mundo de intereses”, aunque estén cerca nuestro (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 97). Vivir la misión es aventurarse a desarrollar los mismos sentimientos de Cristo Jesús y creer con Él que quien está a mi lado es

La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frágiles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad

tros corazones y nos dice: «No está aquí: ¡ha resucitado!» (Lc 24,6); Palabra de esperanza que rompe todo determinismo y, para aquellos que se dejan tocar, regala la libertad y la audacia necesarias para ponerse de pie y buscar creativamente todas las maneras posibles de vivir la compasión, ese “sacramental” de la cercanía de Dios con nosotros que no abandona a nadie al borde del camino. En este tiempo de pandemia, ante la tentación de enmascarar y justificar la indiferencia y la apatía en nombre del sano distanciamiento social, urge la misión de la compasión capaz de hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción. «Lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), la misericordia con la que hemos sido tratados, se transforma en el punto de referencia y de credibilidad que nos permite recuperar la pasión compartida por crear «una comunidad de pertenencia y solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes» (Carta enc. *Fratelli*

de mis seguridades, comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?”, la respuesta permanece siempre la misma: «Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 275) y nos quiere también vivos, fraternos y capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo. Al igual que los apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20). Todo lo que hemos recibido, todo lo que el Señor nos ha ido concediendo, nos lo ha regalado para que lo pongamos en juego y se lo regalemos gratuitamente a los demás. Como los apóstoles que han visto, oído y tocado la salvación de Jesús (cf. 1 Jn 1,1-4), así noso-

Recordamos agradecidamente a todas esas personas que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio. Especialmente a quienes fueron capaces de ponerse en camino, dejar su tierra y sus hogares para que el Evangelio pueda alcanzar sin demoras y sin miedos esos rincones de pueblos y ciudades donde tantas vidas se encuentran sedientas de bendición

ro nos anima a ser valientes y a pedir con insistencia «al dueño que envíe trabajadores para su cosecha» (Lc 10,2), porque somos conscientes de que la vocación a la misión no es algo del pasado o un recuerdo romántico de otros tiempos.

Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión. Y es un llamado que

también mi hermano y mi hermana. Que su amor de compasión despierte también nuestro corazón y nos vuelva a todos discípulos misioneros.

Que María, la primera discípula misionera, haga crecer en todos los bautizados el deseo de ser sal y luz en nuestras tierras (cf. Mt 5,13-14).

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2021, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

FRANCISCO

La homilía del Papa de las Vísperas en la conclusión del octavario ecuménico

La unidad exige superar prejuicios y heridas del pasado

«Me alegra leer la homilía que el Santo Padre preparó para nosotros. Nosotros permanecemos unidos en oración con el Santo Padre». Con estas palabras, en la tarde del lunes 25 de enero, el cardenal Kurt Koch, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, introdujo la lectura de la meditación que el Papa Francisco tenía que haber pronunciado con ocasión de la celebración de las vísperas de la Conversión de San Pablo, a conclusión del octavario ecuménico, que llega a su 54ª edición. Como es sabido, a causa de la covid, el Pontífice no pudo ir a la basílica Ostiense y fue sustituido por el purpurado suizo, el cual —acompañado del obispo Atanasie de Bogdania, vicario de la diócesis ortodoxa rumana de Italia, y del arzobispo Ian Ernest, director del Centro anglicano de Roma— guió la procesión inicial deteniéndose delante de la tumba del apóstol de las Gentes. Asimismo presidió el rito, en el que participaron 14 cardenales, entre los cuales el secretario de Estado Pietro Parolin, y representantes de las otras Iglesias y comunidades eclesiales presentes en la Urbe. A continuación el texto del Pontífice.

«Permanezcan en mi amor» (Jn 15,9). Jesús relaciona esta petición con la imagen de la vid y los sarmientos, la última que nos ofrece en los Evangelios. El Señor mismo es la vid, la vid «verdadera» (v. 1), que no traiciona las expectativas, sino que permanece fiel en el amor y nunca falla, a pesar de nuestros pecados y nuestras divisiones. En esta vid que es Él, todos los bautizados estamos injertados como sarmientos: lo que significa que sólo podemos crecer y dar fruto cuando estamos unidos a Jesús. Esta tarde nos fijamos en esta unidad indispensable, que tiene múltiples niveles. Pensando en el árbol de la vid, podríamos imaginar la unidad formada por tres círculos concéntricos, como los de un tronco.

El primer círculo, el más interno, es permanecer en Jesús. Aquí es donde comienza el camino de cada persona hacia la unidad. En la acelerada y compleja realidad actual, es fácil perder el hilo, atraídos por mil cosas. Muchos se sienten fragmentados por dentro, incapaces de encontrar un punto fijo, un orden estable en las circunstancias variables de la vida. Jesús nos muestra el secreto de la estabilidad al permanecer en Él. En el texto que hemos escuchado repite este concepto siete veces (cf. vv. 4-7,9-10). Porque sabe que «sin Él no podemos hacer nada» (cf. v. 5). También nos mostró cómo hacerlo, dándonos un ejemplo: cada día se retiraba a lugares desiertos para rezar. Necesitamos la oración como el agua para vivir. La oración personal, estar con Jesús, la adoración, es lo esencial para permanecer en Él. Es el modo de poner en el corazón del Señor todo lo que habita en nuestro corazón, esperanzas y temores, alegrías y penas. Pero, sobre todo, centrados en Jesús en la oración, experimentamos su amor. Y de este modo nuestra existencia toma vida, como el sarmiento toma savia del tronco. Esta es la primera unidad, nuestra integridad personal, obra de la gracia que recibimos al permanecer en Jesús.

El segundo círculo es el de la unidad con los cristianos. Somos sarmientos de la misma vid, somos vasos comunicantes: el bien y el mal que cada uno hace se derrama sobre los demás. En la vida espiritual existe una especie de «ley de la dinámica»: en la medida en que permanecemos en Dios nos acercamos a los demás, y en la medida en que nos acercamos a los demás permanecemos en Dios. Significa que si oramos a Dios en espíritu y en verdad surge la necesidad de amar a los demás y, por otra parte, que «si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros» (1 Jn 4,12). La oración sólo puede conducir al amor, de lo contrario es un ritualismo fatuo. De hecho, no es posible encontrarse con Jesús sin su Cuerpo, formado por muchos miembros, tantos como son los bautizados. Si nuestra adoración es auténtica, crecemos en el amor por todos los que siguen a Jesús, independientemente de la comunión cristiana a la que pertenezcan, porque, aunque no sean «de los nuestros», son suyos.

Sin embargo, constatamos que amar a nuestros hermanos no es fácil, porque enseguida aparecen sus defectos y faltas, y nos vienen a la mente las heridas del pasado. Aquí nos ayuda la acción del Padre que, como un agricultor experto (cf. Jn 15,1), sabe bien lo que tiene que hacer: «Todo sarmiento que no da fruto lo corta, y al que da fruto lo poda para que dé más fruto aún» (Jn 15,2). El Padre corta y poda. ¿Por qué? Porque para amar hay que despojarse de todo lo que

nos desvía del camino y nos encorva sobre nosotros mismos, impidiéndonos dar fruto. Pidamos, pues, al Padre que nos quite los prejuicios sobre los demás y los apegos mundanos que dificultan la plena unidad con todos sus hijos. Así, purificados en el amor, sabremos poner en segundo lugar las trabas terrenales y los obstáculos del pasado que hoy nos distraen del Evangelio.

El tercer círculo de la unidad, el más amplio, es toda la humanidad. Aquí podemos reflexionar sobre la acción del Espíritu Santo. En la vid que es Cristo, Él es la savia que llega a todas partes. Pero el Espíritu sopla donde quiere y por todos

nas con los que compartimos la misma humanidad, esa humanidad que Cristo unió a sí de manera inseparable, diciéndonos que lo encontraremos siempre en los más pobres y necesitados (cf. Mt 25,31-45). Al servirles juntos, nos redescubriremos como hermanos y creceremos en la unidad. El Espíritu, que renueva la faz de la tierra, también nos exhorta a cuidar la casa común, a tomar decisiones audaces sobre la forma de vivir y consumir, porque lo contrario de dar fruto es la explotación y es indigno desperdiciar los preciosos recursos de los que tantos carecen. El mismo Espíritu, autor del camino ecuménico, nos ha llevado esta tarde a rezar juntos. Y



los lugares que quiere para conducirnos de nuevo a la unidad. Nos lleva a amar no sólo a los que nos quieren y piensan como nosotros, sino a todos, como Jesús nos enseñó. Nos hace capaces de perdonar a nuestros enemigos y los males que nos han hecho. Nos insta a ser activos y creativos en el amor. Nos recuerda que nuestro prójimo no es sólo el que comparte nuestros valores e ideas, sino que estamos llamados a ser prójimos de todos, buenos samaritanos de la humanidad vulnerable, pobre y sufriente —tan sufriente hoy en día— que yace en las calles del mundo y que Dios quiere levantar con compasión. Que el Espíritu Santo, autor de la gracia, nos ayude a vivir en la gratuidad, a amar incluso a los que no nos corresponden, porque es en el amor puro y desinteresado donde el Evangelio da sus frutos. Por los frutos reconocemos el árbol: por el amor gratuito reconocemos si pertenecemos a la vid de Jesús.

El Espíritu Santo nos enseña así la concreción del amor hacia todos los hermanos y las herma-

mientras experimentamos la unidad que proviene de dirigirse a Dios con una sola voz, deseo agradecer a todos los que durante esta Semana han rezado y seguirán rezando por la unidad de los cristianos. Saludo fraternalmente a los representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales aquí reunidas: a los jóvenes ortodoxos y ortodoxos orientales que estudian en Roma con la ayuda del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; a los profesores y a los estudiantes del Ecumenical Institute of Bossey, que deberían haber venido a Roma, como en años anteriores, pero que no han podido a causa de la pandemia y nos siguen a través de los medios de comunicación. Queridos hermanos y hermanas: Permanezcamos unidos en Cristo. Que el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones, nos haga sentir hijos del Padre, hermanos y hermanas entre nosotros, hermanos y hermanas en la única familia humana. Que la Santísima Trinidad, comunión de amor, nos haga crecer en la unidad.

Carta en recuerdo de Martin Luther King

Actualidad de un sueño de armonía e igualdad

La actualidad del sueño de armonía e igualdad de Martin Luther King fue recordada por el Papa Francisco en una carta enviada a la hija Bernice con ocasión de la conmemoración — que tuvo lugar el 18 de enero en Estados Unidos — del líder del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos asesinado en 1968. Publicamos una traducción del inglés del documento pontificio.

A LA REVERENDA
BERNICE A. KING

Envío cordiales saludos y mis mejores deseos a todos aquellos que participan en la función conmemorativa de la *Beloved Community* el 18 de enero de 2021 para rendir homenaje a la vida y las realizaciones del doctor Martin Luther King, Jr. En el mundo actual, que debe afrontar cada vez más desafíos de la injusticia social, de la división y del conflicto que impiden la realización del bien común, el sueño del doctor King de armonía e igualdad para

todas las personas, alcanzadas a través de instrumentos no violentos y pacíficos, continúa siendo actual. «Cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo» (*Fratelli tutti*, n. 284). De esta manera lograremos vernos no como «otros», sino como prójimos, en la verdad de nuestra común dignidad como hijos de Dios Omnipotente. Solo tratando cada día de poner en práctica tal visión podemos trabajar juntos para construir una comunidad fundada en la justicia y el amor fraterno. Sobre todos los presentes en esta función conmemorativa invoco con mucho gusto las bendiciones divinas de la sabiduría y de la paz.

Roma, de San Juan de Letrán,
3 de diciembre 2020

FRANCISCO

Dolor del Pontífice por el grave atentado en Bagdad

La violencia se vence con la fraternidad

El dolor del Papa por el grave atentado que tuvo lugar el 21 de enero, en un mercado de la capital iraní, Bagdad, fue manifestado al presidente de la República Barham Salih en un telegrama firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin. Publicamos el texto en una traducción española del inglés.

Su Santidad el Papa Francisco se entristeció profundamente al enterarse de los ataques con bombas en la plaza Al Tayarán en Bagdad esta mañana.

Al deplorar este acto de brutalidad sin sentido, reza por las víctimas fallecidas y sus familiares, los heridos y el personal que está prestando asistencia.

Confiando en que todos seguirán trabajando para vencer la violencia con la fraternidad, la solidaridad y la paz, el Papa Francisco invoca sobre la nación y su pueblo la bendición del Altísimo.

CARDENAL PIETRO PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO

El pésame del Papa

Al conocer la noticia de la muerte del cardenal Scheid, el Papa envió a su sucesor en la archidiócesis de Río de Janeiro, al cardenal cisterciense Orani João Tempesta, el telegrama de condolencia que publicamos a continuación en nuestra traducción del portugués.

He recibido con profundo pesar la noticia de la muerte del cardenal Eusébio Oscar Scheid y quiero asegurarle en este momento de luto mi solidaridad en la oración con todos los fieles que encontraron en él a un celoso pastor. Su lema episcopal, «Dios es bueno», nos recordaba la bondad de Dios con su Iglesia, y este recuerdo es verdaderamente consolador cuando recordamos al querido don Eusébio que con tanta entrega sirvió al pueblo de Dios, siendo el primer obispo de São José dos Campos y guiado con igual esmero la archidiócesis de Florianópolis y la sede metropolitana de São Sebastião do Rio de Janeiro. Al mismo tiempo que doy gracias al Altísimo por haber dado a la Iglesia de Brasil un pastor tan generoso, elevo fervientes oraciones para que lo acoja en su eterna felicidad y consuele en la esperanza de la resurrección a todos aquellos que lloran la pérdida de su amado pastor, enviándoles, como prenda de consuelo de los favores celestiales, la bendición apostólica.

FRANCISCO

El pésame y la solidaridad del Papa con Indonesia

Pésame y solidaridad fueron expresados por el Papa Francisco después del terrible terremoto que ha golpeado la isla de Sulawesi.

En el telegrama firmado por el secretario de Estado, el cardenal Pietro Parolin, y dirigido al nuncio apostólico del país asiático, Piero Pioppo, se lee: «Entristecido por la trágica pérdida de vidas y la destrucción de propiedades causadas por el violento terremoto en Indonesia, Su Santidad el Papa Francisco expresa su más sincera solidaridad a todos los afectados por este desastre natural».

El Papa reza por los difuntos, por la sanación de los heridos y por la consolación de todos aquellos que sufren. «En particular, alienta a las autoridades civiles y a los que participan en la incesante tarea de búsqueda y rescate».

En la mañana del viernes 29 de enero, en la sala Clementina del Palacio apostólico Vaticano, el Papa recibió en audiencia a los prelados auditores, los oficiales, los abogados y los colaboradores del tribunal de la Rota romana, con ocasión de la solemne inauguración del año judicial. Después del saludo dirigido por el decano Pio Vito Pinto — que dio las gracias a Francisco por su atención al «primado de la familia-matrimonio» y subrayó en particular que sobre este tema «el cansancio de acompañar, discernir e integrar exige, sobre todo, fidelidad y perseverante obediencia al Espíritu tanto de los pastores como de los fieles»— el Pontífice pronunció el discurso que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas:

Debería hablar de pie, pero ya sabéis que la ciática es un huésped algo molesto. Me disculpo y os hablaré sentado.

Me complace encontrarme con vosotros con motivo de la inauguración del año judicial. Os saludo cordialmente a todos: al decano, Mons. Pio Vito Pinto, a quien agradezco sus palabras, a los prelados auditores, a los funcionarios y a los colaboradores del Tribunal de la Rota Romana.

Quisiera enlazar con el discurso del año pasado, en particular con el tema que atañe a buena parte de las decisiones de la Rota en los últimos tiempos: por un lado, una carencia de fe, que no ilumina como debería la unión conyugal — esto ya lo había denunciado tres veces públicamente mi predecesor Benedicto XVI—; por otro lado, los aspectos fundamentales de esta unión que, además de la



El discurso por la inauguración del año judicial del Tribunal de la Rota Romana

Un camino eclesial con las familias y por la familia

esa disposición es, sin embargo, con los hijos un *unum idem*. Por ello, es necesario que se tenga en cuenta la cuestión relevante: ¿qué será de los hijos y de la parte que no acepte la declaración de nulidad? Hasta ahora todo parecía obvio, pero desgraciadamente no lo es. Es necesario, por tanto, que las

En la Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 2014 y en la Asamblea General Ordinaria de 2015, los Padres sinodales, reflexionando sobre el tema de la familia, se plantearon estas preguntas, comprendiendo también que es difícil, a veces imposible, ofrecer respuestas. Sin embargo, las preocupaciones de los Padres sinodales y la solicitud maternal de la Iglesia ante tanto sufrimiento han encontrado un instrumento pastoral útil en la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*. En este documento se dan indicaciones claras para que nadie, especialmente los pequeños y los que sufren, se quede solo o sea tratado como un medio de chantaje entre padres divididos (cf. *Exhort. apost. Amoris laetitia*, 241). Como sabéis, el próximo 19 de marzo comienza el “Año de la Familia *Amoris laetitia*”. También vosotros, con vuestro trabajo, aportáis una valiosa contribución a este camino eclesial con las familias para la familia.

Queridos jueces, en vuestras sentencias no dejáis de dar testimonio de esta inquietud apostólica de la Iglesia, considerando que el bien integral de las personas exige que no permanezcamos inertes ante los efectos desastrosos que puede acarrear una decisión sobre la nulidad matrimonial. A vuestro Tribunal Apostólico, así como a los demás tribunales de la Iglesia, se pide que hagan «más accesibles y ágiles, posiblemente totalmente gratuitos, los procedimientos para el reconocimiento de los casos de nulidad» (*ibid.*, 244). La Iglesia es madre, y vosotros, que tenéis un ministerio eclesial en un ámbito tan vital como es la actividad judicial, estáis llamados a abrirnos a los horizontes de esta difícil pero no imposible labor pastoral, que tiene que ver con la preocupación por los hijos, como víctimas inocentes de tantas situaciones de ruptura, divorcio o nuevas uniones civiles (cf. *ibid.*, 245). Se trata de ejercer vuestra mi-

sión de jueces como un servicio cargado de sentido pastoral, que nunca puede faltar en la delicada decisión sobre la nulidad o no de una unión conyugal. A menudo se piensa en la declaración de nulidad matrimonial como un acto frío de mera “decisión jurídica”. Pero no es ni puede ser así. Las sentencias del juez eclesiástico no pueden prescindir de la memoria, hecha de luces y sombras, que han marcado una vida, no sólo de los dos cónyuges sino también de los hijos. Los cónyuges y los hijos constituyen una comunidad de personas, que se identifica siempre y ciertamente con el bien de la familia, incluso cuando ésta se ha desmoronado.

No debemos cansarnos de dedicar toda la atención y el cuidado a la familia y al matrimonio cristiano: aquí invertís gran parte de vuestra solicitud por el bien de las Iglesias particulares. Que el Espíritu Santo, al

tuido por Cristo como padre, pastor y juez en su propia Iglesia— a abrirse cada vez más al desafío vinculado a este tema. Se trata de perseguir con tenacidad y llevar a término un camino eclesiológico y pastoral necesario, orientado a no dejar a la sola intervención de las autoridades civiles a los fieles que sufren por juicios no aceptados y padecidos. La imaginación de la caridad favorecerá la sensibilidad evangélica ante las tragedias familiares cuyos protagonistas no pueden ser olvidados. Es más urgente que nunca que los colaboradores del obispo, en particular el vicario judicial, los agentes de la pastoral familiar y especialmente los párrocos, se esfuercen por ejercer esa diaconía de protección, cuidado y acompañamiento del cónyuge abandonado y eventualmente de los hijos que sufren las decisiones, por justas y legítimas que sean, de nulidad matrimonial.

Se trata de ejercer vuestra misión de jueces como un servicio cargado de sentido pastoral, que nunca puede faltar en la delicada decisión sobre la nulidad o no de una unión conyugal

que invocáis antes de cada decisión a tomar sobre la verdad del matrimonio, os ilumine y os ayude a no olvidar los efectos de tales actos: en primer lugar el bien de los hijos, su paz o, por el contrario, la pérdida de la alegría ante la separación. Ojalá la oración —¡los jueces deben rezar mucho!— y el compromiso común pongan de relieve esta realidad humana, a menudo dolorosa: una familia que se divide y otra que, como consecuencia, se forma, menoscabando esa unidad que hizo la alegría de los hijos en la unión anterior. Aprovecho la ocasión para exhortar a cada obispo —consti-

Estas, queridas hermanas y hermanos, son las consideraciones que quería someter a vuestra atención, con la certeza de encontrar en vosotros personas dispuestas a compartirlas y hacerlas suyas. Expreso a cada uno de vosotros en particular mi agradecimiento, con la confianza de que el Tribunal de la Rota Romana, manifestación autorizada de la sabiduría jurídica de la Iglesia, seguirá desempeñando con coherencia su nada fácil *munus* al servicio del plan divino sobre el matrimonio y la familia. Invocando sobre vosotros y sobre vuestro trabajo los dones del Espíritu Santo, os impartiré de todo co-

razón la bendición apostólica. Y os pido también, por favor, que recéis por mí.

Y no quisiera terminar hoy sin un comentario más familiar entre nosotros, porque nuestro querido decano, dentro de unos meses, cumplirá 80 años y tendrá que dejarnos. Me gustaría agradecerle el trabajo que ha realizado, no siempre comprendido. Sobre todo, quiero agradecer a Monseñor Pinto su dedicación para llevar a cabo la reforma de los procesos matrimoniales: una sola sentencia, luego el juicio breve, que fue como una novedad, pero era natural porque el obispo es el juez.

Recuerdo que, poco después de la promulgación del juicio breve, un obispo me llamó y me dijo: “Tengo este problema: una chica quiere casarse por la Iglesia; ya estaba casada hace algunos años por la Iglesia, pero la obligaron a casarse porque estaba embarazada... Hice todo, pedí a un sacerdote que hiciera de vicario judicial, a otro que hiciera de defensor del vínculo... Y los testigos, los padres dicen que sí, que fue forzado, que el matrimonio fue nulo. Dígame, Santidad, ¿qué debo hacer?”, me preguntó el obispo. Y le pregunté: “Dime, ¿tienes un bolígrafo a mano?” — “Sí”. — “Firma. Tú eres el juez, sin darle tantas vueltas”.

Pero esta reforma, especialmente la del juicio breve, ha encontrado y encuentra muchas resistencias. Lo confieso: después de esta promulgación recibí cartas, muchas, no sé cuántas pero muchas. Casi todos los abogados que perdían la clientela. Y está el problema del dinero. En España se dice: “Por la plata baila el mono”. Es un dicho que queda claro. Y también esto con dolor: he visto en algunas diócesis la resistencia de algún vicario judicial que con esta reforma perdía, no sé, cierto poder, porque se daba cuenta de que el juez no era él, sino el obispo.

Agradezco a Monseñor Pinto la valentía que tuvo y también la estrategia de llevar adelante esta forma de pensar, de juzgar, hasta la votación por unanimidad, que me dio la posibilidad de firmar [el Documento].

La sentencia doble. Usted mencionó al Papa Lambertini, un gran hombre de la liturgia, del derecho canónico, de sentido común, incluso de sentido del humor, pero lamentablemente tuvo que hacer la doble sentencia por problemas económicos en alguna diócesis. Pero volvamos a la verdad: el juez es el obispo. Tiene que ayudarle el vicario judicial, tiene que ayudarle el promotor de justicia, hay que ayudarle; pero él es el juez, no puede lavarse las manos. Volver a esto que es la verdad del Evangelio.

Y también agradezco a Monseñor Pinto su entusiasmo al hacer catequesis sobre este tema. Viaja por todo el mundo enseñando esto: es un hombre entusiasta, pero entusiasta en todos los tonos, ¡porque también tiene mucho temperamento! Es una forma negativa —digamos— de entusiasmo. Pero ya tendrá tiempo de corregirse... ¡todos lo hacemos! Me gustaría darle las gracias. Interpreto los aplausos como aplausos a su temperamento [risas]. ¡Muchas gracias, Monseñor Pinto! Gracias. [aplausos]

En la catequesis sobre la oración

La liturgia es encuentro con Cristo

Cuando se va a misa «Cristo está presente y en la liturgia tú rezas con Cristo que está junto a ti»: no es «una forma de hablar», es presencia real. Lo indicó el Papa en la audiencia general del miércoles por la mañana, 3 de febrero, que tuvo lugar en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano todavía sin la presencia directa de fieles a causa de la pandemia. Prosiguiendo el ciclo de catequesis dedicadas a la oración, el Pontífice profundizó en el tema «rezar en la liturgia».

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS, ¡BUENOS DÍAS!

En la historia de la Iglesia, se ha registrado en más de una ocasión, la tentación de practicar un cristianismo intimista, que no reconoce a los ritos litúrgicos públicos su importancia espiritual. A menudo esta tendencia reivindicaba la presunta mayor pureza de una religiosidad que no dependiera de las ceremonias exteriores, consideradas una carga inútil o dañina. En el centro de las críticas terminaba no una particular forma ritual, o una determinada forma de celebrar, sino la liturgia misma, la forma litúrgica de rezar.

De hecho se pueden encontrar en la Iglesia ciertas formas de espiritualidad que no han sabido integrar adecuadamente el momento litúrgico. Muchos fieles, incluso participando asiduamente en los ritos, especialmente en la Misa dominical, han obtenido alimento para su fe y su vida espiritual más bien de otras fuentes, de tipo devocional.

En los últimos decenios, se ha caminado mucho. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II representa el eje de este largo viaje. Esta reafirma de forma completa y orgánica la importancia de la divina liturgia para la vida de los



cristianos, los cuales encuentran en ella esa mediación objetiva solicitada por el hecho de que Jesucristo no es una idea o un sentimiento, sino una Persona viviente, y su Misterio un evento histórico. La oración de los cristianos pasa a través de mediaciones concretas: la Sagrada Escritura, los Sacramentos, los ritos litúrgicos, la comunidad. En la vida cristiana no se prescinde de la esfera corpórea y material, porque en Jesucristo esta se ha convertido en camino de salvación. Podemos decir que debemos rezar también con el cuerpo: el cuerpo entra en la oración. Por tanto, no existe espiritualidad cristiana que no tenga sus raíces en la celebración de los santos misterios. El Catecismo escribe: «La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el Misterio de la salvación, se continúa en el corazón que ora» (n. 2655). La liturgia, en sí misma, no es

solo oración espontánea, sino algo más y más original: es acto que funda la experiencia cristiana por completo y, por eso, también la oración es evento, es acontecimiento, es presencia, es encuentro. Es un encuentro con Cristo. Cristo se hace presente en el Espíritu Santo a través de los signos sacramentales: de aquí deriva para nosotros los cristianos la necesidad de participar en los divinos misterios. Un cristianismo sin liturgia, yo me atrevería a decir que quizá es un cristianismo sin Cristo. Sin el Cristo total. Incluso en el rito más despojado, como el que algunos cristianos han celebrado y celebran en los lugares de prisión, o en el escondite de una casa durante los tiempos de persecución, Cristo se hace realmente presente y se dona a sus fieles.

La liturgia, precisamente por su dimensión objetiva, pide ser celebrada con fervor, para que la gracia derramada en el rito no se disperse sino

que alcance la vivencia de cada uno. El Catecismo lo explica muy bien y dice así: «La oración interioriza y asimila la liturgia durante y después de la misma» (ibid.). Muchas oraciones cristianas no proceden de la liturgia, pero todas, si son cristianas, presuponen la liturgia, es decir la mediación sacramental de Jesucristo. Cada vez que celebramos un Bautismo, o consagramos el pan y el vino en la Eucaristía, o unguimos con óleo santo el cuerpo de un enfermo, ¡Cristo está aquí! Es Él que actúa y está presente como cuando sanaba los miembros débiles de un enfermo, o entregaba en la Última Cena su testamento para la salvación del mundo.

La oración del cristiano hace propia la presencia sacramental de Jesús. Lo que es externo a nosotros se convierte en parte de nosotros: la liturgia lo expresa incluso con el gesto tan natural del comer. La Misa no puede ser solo «escuchada»: no es

una expresión justa, «yo voy a escuchar Misa». La Misa no puede ser solo escuchada, como si nosotros fuéramos solo espectadores de algo que se desliza sin involucrarnos. La Misa siempre es celebrada, y no solo por el sacerdote que la preside, sino por todos los cristianos que la viven. ¡Y el centro es Cristo! Todos nosotros, en la diversidad de los dones y de los ministerios, todos nos unimos a su acción, porque es Él, Cristo, el Protagonista de la liturgia.

Cuando los primeros cristianos empezaron a vivir su culto, lo hicieron actualizando los gestos y las palabras de Jesús, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para que su vida, alcanzada por esa gracia, se convirtiera en sacrificio espiritual ofrecido a Dios. Este enfoque fue una verdadera «revolución». Escribe San Pablo en la Carta a los Romanos: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (12,1). La vida está llamada a convertirse en culto a Dios, pero esto no puede suceder sin la oración, especialmente la oración litúrgica. Que este pensamiento nos ayude cuando se vaya a Misa: voy a rezar en comunidad, voy a rezar con Cristo que está presente. Cuando vamos a la celebración de un Bautismo, por ejemplo, Cristo está ahí, presente, que bautiza. «Pero, Padre, esta es una idea, una forma de hablar»: no, no es una forma de hablar. Cristo está presente y en la liturgia tú rezas con Cristo que está junto a ti.

«Dejémosnos transformar por el Señor a través de la participación en la liturgia». Así lo aconsejó el Papa al finalizar la audiencia general, saludando a los distintos grupos de fieles que participaron a través de los medios de comunicación.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Pidamos al Señor que avive en nosotros la necesidad de participar en los divinos misterios, donde Cristo está presente, y que a través de la oración, especialmente de la oración litúrgica, toda nuestra vida sea un culto agradable a Dios. Que el Señor los bendiga.

En la circunstancia el Pontífice también recordó la Jornada internacional de la fraternidad humana, finalmente guió la oración del Padre Nuestro e impartió la bendición.

Mañana se celebrará la Primera Jornada Internacional de la Fraternidad Humana, que estableció recientemente una Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta iniciativa también tiene en cuenta el encuentro del 4 de febrero de 2019 en Abu Dhabi, cuando el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyeb, y yo firmamos el Documento sobre la Fraternidad humana para la paz mundial y la convivencia común. Me complace mucho que las naciones de todo el mundo se unan a esta celebración, destinada a promover el diálogo interreligioso e intercultural. Por ello, mañana por la tarde participaré en un encuentro virtual con el Gran Imán de Al-Azhar, con el Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. António Guterres, y con otras personalidades. La citada Resolución de las Naciones Unidas reconoce «la contribución que el diálogo entre todos los grupos religiosos puede aportar para que se conozcan y se comprendan mejor los valores comunes compartidos por toda la humanidad». Que esta sea nuestra oración hoy y nuestro compromiso durante todos los días del año.

En la intención de oración para febrero el llamamiento del Papa a no mirar hacia otro lado

La violencia contra las mujeres es una degradación para la humanidad

Un fuerte llamamiento a no mirar hacia otro lado, sino a intervenir para detener la violencia contra las mujeres: es lo que propone el Papa Francisco en el vídeo de la Red mundial de oración que presenta la intención para el mes de febrero. En el breve vídeo – publicado en la tarde del lunes 1 de febrero – se ven imágenes dramáticas. Se presenta con ilustraciones animadas la historia de una mujer víctima de violencias, que encuentra la valentía de salir del túnel de los abusos gracias a la propia fuerza y a la ayuda de la comunidad. «Hoy – dice el Pontífice – sigue habiendo mujeres que sufren violencia. Violencia psicológica, violencia verbal, violencia física, violencia sexual». Es impresionante, observa Francisco, «el número de mujeres golpeadas, ofendidas, violadas. Las distintas formas de malos tratos que sufren muchas mujeres son una cobardía y una degradación para toda la humanidad. Para los hombres y para toda la humanidad». El Papa prosigue recordando que «los testimonios de las víctimas que se atreven a romper su silencio son un grito de socorro que no podemos ignorar». Luego lanza su fuerte llamamiento a no «mirar para otro lado». Y exhorta a rezar «por las mujeres que son víctimas de la violencia, para que sean protegidas por la sociedad y para que su sufrimiento sea considerado y sea escuchado por todos». Difundido como es habitual a través de la página web www.thepopevideo.org, el vídeo traducido en nueve lenguas ha sido creado y producido por la Red mundial de oración del Papa en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.